

Las cábalas del sueño

Olga Acevedo



Las cábals del sueño

© Olga Acevedo Serrano

Colección Ruido de agua (reedición)

© Editorial Nascimento, Primera edición. Santiago, Chile, 1951

© Komorebi Ediciones, Segunda edición. Valdivia, Chile, 2019

Registro de Propiedad Intelectual N°: 14.014

ISBN: 978-956-09161-6-7

Diseño de cubierta: Maite Naranjo

Diagramación: Pedro Tapia León

Komorebi Ediciones Ltda.

Serrano 958

Valdivia, Chile

komorebi.ediciones@gmail.com

Impreso en Chile por Gráfica Lom

Queda prohibida la reproducción de este libro en Chile y en el exterior sin autorización previa de la editorial.



PROYECTO FINANCIADO POR EL
FONDO NACIONAL DE FOMENTO
DEL LIBRO Y LA LECTURA,
CONVOCATORIA 2019.

Las cábalas del sueño

I

Abro mis alas removidas...

Abro mis alas removidas y echo a rodar el vuelo hacia el abismo, como piedra lanzada sabiamente.

Oh itinerario pavoroso por lívidas ciudades abismales, entre espectros sombríos, colgada apenas del cabello, agredida e impedida siempre.

Voy entregándolo todo humildemente. Y cuando ya nada queda por sacrificar, he aquí que reempiezo la difícil faena y levanto mi cesta colmada nuevamente.

Alguien manda en mis ámbitos cerrados, y me veo en un viaje constante, con mi cántaro al brazo, discurriendo entre cadáveres insepultos y grandes fosas de alaridos.

Quién soy? Nada más que un destello lejano vestido de samaritana, deambulando obscuramente detrás de toda lágrima, llenando apresuradamente un destino preciso.

Otros tienen la flor y su delirio. Yo vengo de las más viejas raíces de la memoria, con mi rito aprendido y repetido, nada más que a dejar su aguinaldo.

Por eso voy entregándolo todo humildemente. Por debajo de la piel renovada, descubro las edades proscritas y veo las tenazas inútiles y el esfuerzo feroz por cada muerte.

Y sin embargo, cuánta dulce piedad, cuánto empeño, y qué celo por el húmedo césped reavivado.

Hay quienes giran sin cesar y acarrear ellos mismos sus pesados maderos y sus llaves. Todo por un penacho más en la fútil corona sin sentido.

Sé del paso veloz de los que huyen mientras duerme la noche. Conozco el pulso de su origen y el amargo sabor de su brebaje.

Por eso vuelo tras su angustia con mi cántaro a punto, la leve lámpara en alto, siempre en el más grande e invencible silencio. Y perdono su injuria.

Nadie se afane por las puertas aparentemente selladas y sin oficio. Si hay luz hasta la madrugada y se oyen pasos invisibles en la casa dormida.

Pasad de largo, oh alertas. Los torrentes mueren más allá del océano y el luto cae de los ojos como un manto agorero.

El gozo es un viejo relámpago sagrado de difícil presencia. Hay un sólo camino hacia sus símbolos, pero es de angustia rigurosa.

Y bien. Qué inmenso cielo derramado y qué veloces cánticos de fuego. No hay ausencia más pura ni más porfiado hechizo vigilante. Uncidos de pies y manos, sin querer avanzamos con los grandes rebaños desatados, sorteando fosos y embestidas, por saber nuestro alcance.

Pero nadie se inquiete demasiado por las puertas aparentemente selladas y sin oficio. Si hay luz hasta la madrugada y se oyen pasos invisibles en el pequeño templo solo. Cada uno su afán.

Los clanes cargan con sus ídolos densos, inimitables en su cálido celo, sus cuchillos al cinto y los tambores a gran son.

Y hasta les enviamos corolas y también palomas de colores y botellas floridas, mientras ellos sonríen como niños.

Qué importa. A veces corre el llanto sostenido y se apagan de veras las campanas rendidas; pero el tiempo no cesa, las amarras no caen, las murallas levantan cada vez más ante los pasos.

Y es que un gran ojo insomne, vela inextinguiblemente y para siempre, y hay que saber dejar el aguinaldo entre los muertos, como en lo más inaccesible la bandera triunfante.

II

Como una luciérnaga trasnochada...

Como una luciérnaga trasnochada, el alma va sola en la noche tremenda.

Vengo hacia tu nimbo inhabitado, oh alma bienamada, tu mandato de símbolo sonoro, irresistible y tenso como un mantram.

Mientras se enciende de lámparas tu sueño, yo entro arrebatadamente en tu memoria, como a un pétalo tierno, mojado de sufrimiento.

Sollozo a solas con tu nombre. De rodillas en el musgo sombrío, sacudo hasta la muerte tu esplendor solitario y agonizo en silencio.

Oh estupor sin nombre y sin consuelo. Oh pasión de cráteres y abismos.

Quién enciende amapolas en mi aura, como en un sótano de piedra las hogueras profundas?

Quién me azota los vidrios temblorosos con estos látigos de incienso y estos duros claveles encendidos?

Ay! Aún tiendo las redes silenciosas, oh mi dueño, reverberando en las tinieblas, llenándome de leche y oros nuevos la angustia alucinante.

Quién, sino tú siempre, por mi voz y mi esperanza, habitándome entera, asomando mis ojos abismados y reverdeciendo en mi soledad como un árbol en su tiempo.

Se abren violentamente las heridas tenaces. Todas las pesadas puertas del desvelo se abren y mis huesos calcinados crujen, tocados por la misma cábala celeste, el mismo signo elaborado.

Ay! Qué tímbalos persistentes, qué tambores contritos redoblan y redoblan a lo lejos.

Los dioses de la noche pasan tañendo levemente y las jóvenes profesas deshojan a la luna sus camelias votivas, en señal de asentimiento.

Todo se puebla de mensajes y relámpagos, y los señores del secreto abren sus pentagramas de oro en la alta magia de la noche.

A qué rito señalan? A qué hechizo conjuran? He ahí nuestra órbita dispersa, conminada de súbito. Ahora juntándose en silencio, como en grandes pétalos de llanto hacia un mismo cáliz recobrado. Qué sobrecogedora anunciación de una impresionante e indudable presencia.

De súbito irrumpen a gran coro las Cantatas de Juan Sebastián Bach, en un entrechoque deslumbrador de llanto y gemas vivas.

Y apareces tú, oh alma bienamada, en ese mismo resplandor azulcelestes, con la gran cruz del iniciado y su portentosa magia creadora.

Háblame desde adentro de esa haz deslumbrante. Deshójame en la sangre aquel rocío grueso de inciensos mágicos. Ayúdame al levante de los mástiles de agua.

Que apresuren los dioses a las estrella más lenta, a ese carro de lotos que ha de incendiar la noche y levantar los sellos más viejos de la Esfinge.

He aquí la devota destruida y vuelta a renacer en tu memoria. Sol y voz de tu horóscopo, su pollera de rubíes espesos, sus collares de violetas quemantes; ay, y sus castañuelas renovadas trinando poderosamente en el aire dormido.

Encendida como una cinta desdoblada, entre tus propias lámparas, solloza. Resuenan los tímbalos a lo lejos y los violines de Bach congregan dioses y aguafuertes prodigiosas.

Y es, como si otra vez te sentaras en tu escabel principal a presidir los oficios, resplandeciendo entre todos como el dios del amor y de todos los secretos profundos.

Yo me inclino ante ti, oh alma bienamada, doblo mi cabeza fatigada
en tu nimbo inhabitado y me empiezo a dormir otra vez en tu
memoria como la flor en el aire tibio de la noche...

III

Qué sucede, Dios mío?

Qué sucede, Dios mío?

Y el oscuro rumor se agranda y se obscurece, como de grandes ríos caudalosos que vinieran despeñándose frenéticamente hacia el vacío.

Se abren de súbito los gruesos flancos de la tierra y ruedan sus moles gigantescas en grandes polvaredas de metales quemantes, herida su alma poderosa como por un signo apocalíptico.

Qué sucede, Dios mío?

Saltan, corren en torrentes insondables con fragor de catástrofe, los gruesos llantos levantados y todo va quedando sumergido bajo la densa haz de lava hirviente.

Caen de raíz los árboles milenarios, como cortados por una hacha veloz, por segura mano sostenida.

Y se secan las dulces aguas de la vida y se arrugan de muerte los maduros frutos de la tierra.

Qué sucede, Dios mío?

Cruzan los cielos abismados interminables nubes de ánimas desesperadas y se remueven en las tumbas los muertos conjurados. Y salen de sus cuevas las lívidas gorgonas y las feroces bandas de monstruos y vampiros, que avanzan a grandes saltos por adentro del corazón del mundo, envenándolo y asolándolo todo.

Dónde está el más sabido y el mayor de los jefes? Dónde la harpía astuta y las bárbaras cuadrigas de la época?

Oh Dios. Y quién se salva en esta horrible catástrofe del tiempo?
Un intenso alarido cruza de un cabo al otro el Universo, y algo muere y renace en lo profundo del misterio terrestre.
El gigantesco corazón del mar ruga despeñado y desbordado canto a canto, hincha sus costados insondables y amenaza obscuramente desde sus reinos sumergidos.
Qué viejas voces cantan desde los últimos corales removidos?
Qué lejanos genios tutelares tienden hilos celestes desde antiguas edades consumadas?
Cuánta libre cascada al sol naciente, cuánta despierta lámpara extranjera emergiendo y desperezándose al abismo.
Qué de cerrojos descorridos y qué tensas raíces desgarradas en los primeros soles del anuncio.
Cómo se alzan los vértigos gimientes con su naufragio al hombro y los torrentes de alas ciegas despeñándose estruendosamente.
No reconozco rostro ni habla alguna. Sólo veo fantasmas enloquecidos con los ojos vendados, arrastrándose entre tinieblas como grandes féretros evocados.
Mas, he aquí los viejos centinelas de tu ritmo, oh madre tierra, los buscadores de oro entre tus venas, los ejércitos celestiales por adentro de tu aureola prodigiosa, como ayer en Lemuria, en la Atlántida, como mañana acaso...
Y el Arcángel que enseña y que compulsa los hechos, he aquí que se yergue en la hecatombe y sacude la piedra aletargada, hiriéndola con larga y penetrante voz de fuego.
Y es que en la hora de sangre y de tinieblas, justamente como en la hora de sexta en el Calvario, tiembla la tierra traspasada, se reagitan los símbolos, se rasgan de alto abajo los velos de los templos y una gran voz de eternidad, clama hasta la muerte:
«¿No habéis podido orar siquiera una hora conmigo?».